

Acracia

Año I

Suplemento á TIERRA Y LIBERTAD

Núm. 5

Año Nuevo



Todo lo que en cada español y en cada española, como resultado de las condiciones de la tierra privilegiada y como consecuencia de la evolución progresiva, pudiera haber de inteligente, activo y gallardo, se halla atrofiado, comprimido y deformado por la balumba de errores, preocupaciones, costumbres y vicios que forman como el ente moral de esta nacionalidad, y por el cuerpo de instituciones políticas, jurídicas y económicas del Estado español.

¡Aterra considerar la cantidad de tiranía que esos orígenes de mal imponen á la libertad del individuo!

Apenas da el primer vagido la tierna criaturilla, la Iglesia y el Estado le inscriben en sus registros, con el pretexto de proveer á su salvación eterna y temporal, pero con el verdadero objeto de que quede convertido en manso fiel para la una, en súbdito leal para el otro, en contribuyente para ambos durante su vida; la familia le impone su higiene primero y su educación después, que para cada una es la suma de absurdos y convencionalismos que sobre este asunto dominan en las clases sociales, en las comarcas y en los pueblos: la sociedad le somete á un molde estrechísimo para los que por carácter ó por temperamento tienen energía propia, bastante ancho para aquellos otros que poseen la facultad de adaptación y la necesaria elasticidad de conciencia.

Pasando por tales modificadores, es decir, moldeado por los dogmas, las leyes y las costumbres, completa el individuo su relativo desarrollo, y, al llegar aquella época de la vida en que debiera brillar con las galas de la alegría y la belleza por el vigor de su organismo y la lozanía de su juventud, se encuentra enclenque, marchito, embrutecido y dispuesto á someterse dócilmente á todas las explotaciones si es hombre ó mujer de las clases bajas, ó á ejercer de tirano y dilapidador si es macho ó hembra de las clases directoras. En ambos casos queda feo, deformado é inútil para el bien, y, lo que es peor, incorregible.

Ahora, si en vista de los males que á cada uno afligen, y queriendo sustraerse á su nociva influencia, se dice una vez más: «Año nuevo, vida nueva», ¿qué valor puede tener esa aspiración constantemente manifestada en diciembre y no menos constantemente fracasada en enero?

Bueno es, sintiendo los deplorables efectos que sobre todos gravitan, querer sustraerse á ellos y aprovechar una fecha de fácil recordación y que de tan sugestiva manera se presenta para hacer del año nuevo punto de

partida de nuestra regeneración; pero ¿es posible renunciar de repente á los viejos errores y adquirir por ciencia infusa, y como si fuera uno de los supuestos dones del espíritu santo, la ciencia de la vida?

La verdad es que cada uno tenemos un modo intelectual y material de vivir que, á manera de cuerpo pesado que rueda por una pendiente, no puede detenerse en su curso, á menos de un milagro semejante al que dicen que ocurrió á Pablo en el camino de Damasco; el político que en un momento dado quiera ser sincero habría de proclamar la falacia de su programa, la hipocresía de su conducta y la vileza de sus encubiertos propósitos, y sería abandonado de todos sus partidarios; el explotador que, avergonzado de una riqueza adquirida á costa de los sufrimientos constantes y la prematura muerte de sus explotados renunciase á ella, perdería enseguida toda consideración y crédito, y se vería despreciado en el círculo de sus relaciones; el tirano que se arrepintiera de intimidar por el terror y de engañar por la astucia, sería aplastado por las venganzas anteriormente suscitadas; el proletario que quisiera emanciparse de la miseria del jornal y de la humillación de inclinar la cerviz ante el burgués que le alquila, pronto sería despedido y anotado en las listas de sospechosos que en días de persecución conducen al castillo del Tormento, del destierro, al presidio y aun al foso de la fortaleza maldita; la mujer que quisiera seguir libremente los impulsos de su corazón, y, despreciando ídolos y ceremonias, cumplierse digna y racionalmente las leyes naturales, pronto sería la befa de cuantos hipócritas afectan respeto á la moral oficial y rinden secreto culto á los más nefandos vicios.

En el año comenzado, lo mismo que en los anteriores, filtrándose por el Código y los tribunales de justicia y sin incurrir en la nota de ilegalidad, tendremos la usura, la explotación, el fraude, la holganza en los palacios, la miseria en los tugurios de los trabajadores, los honores concedidos al rico, la humillación impuesta á la virtud, todo sancionado por un escepticismo que hace decir á los de arriba «¡vamos tirando!» y á los de abajo «¡si yo fuera rico!»—maldita doctrina que hace á víctimas y verdugos solidarios en la responsabilidad aunque no en los beneficios.

Sólo aquellos que tienen verdadera fe en el progreso; los que no se engañan dándose el título de desengañados; los que saben que los fracasos revolucionarios experimentados hasta el presente se explican por haber dejado subsistentes las añejas causas del mal social; los que saben que cuando la propiedad deje de ser el privilegio para unos y el despojo para otros sobrevendrá la paz y la felicidad para todos, sólo esos realizarán la única transformación posible en el año nuevo; sólo esos harán aquella labor imperecedera que, unida á la de sus semejantes de los tiempos pasados, influirá de modo positivo y directo en lo porvenir. Para los demás el año nuevo no será sino una unidad más en la carga de su vejez y un nuevo plazo para sus torpezas.

ANSELMO LORENZO

El Estado es maldición para el individuo. ¡Muera, pues, el estado! Esa es la Revolución en que tomaré parte. Socavar y destruir toda la concepción del Estado, declarando que la libre elección y el parentesco espiritual son condiciones importantes de toda Unión; entonces se tendrá el comienzo de una Libertad útil para algo.—IBSEN.

El crimen y el castigo

Tratóse de suprimir la pena de muerte y por un momento pudimos creer que íbamos á desembarazarnos de esta siniestra pesadilla. Nos regocijaba la idea de que en Francia no se repetiría ya más semejante ignominia. Pero parece que nuestros burgueses han decidido lo contrario. Conservan la guillotina.

Por lo demás, es una simple cuestión de sentimiento y de decencia. Nuestras costumbres tenían un gesto innoble que podía desterrarse. Y esto es todo. Porque no vaya á imaginarse que la naturaleza del castigo tenga alguna influencia sobre el crimen. Unos cuantos señores discutiendo en el seno de una comisión no pueden nada en esta clase de cosas.

Cortad el criminal en pequeños trozos, encerradle—¡por humanidad!— en una celda en la que no tardará mucho tiempo á volverse loco, ó dejadle libre de recomenzar sus hazañas; nada habréis conseguido mientras no hayais tocado la causa profunda del crimen. Y esta causa, es necesario decirlo, no es otra, en una amplia medida, que nuestra actual sociedad.

Sabemos bien que los individuos llevan consigo ciertas taras que les predisponen al acto antisocial. Pero también sabemos que estas taras en un ambiente contrario á su desarrollo podrían ser aniquiladas hasta volverse inofensivas, mientras que se extienden, maduran y se irritan en un medio de cultivo favorable.

Ahora bien, en vano buscamos, no vemos bien que más puede hacer una sociedad como la nuestra cuyo objetivo confesado es excitar, en el corazón del hombre, los instintos más peligrosos.

De un lado, la miseria con su espantoso cortejo de sufrimientos, de fealdades y de vicios. De otro, la riqueza insolente, con un refinamiento de placeres y de bienestar como jamás conoció época alguna. ¿Y no querréis que nazca en algunos el deseo enfermizo, que se les arraigue la idea de corregir esta cruel desigualdad por medio de la apropiación brutal, inmediata, de una parte de riqueza?

No conocerás ninguna alegría si no sabes conquistar un poco de este oro que es la razón suprema y el medio universal, nos dice á cada paso, á cada momento, de cien modos perentorios, la sociedad burguesa. La mayor parte—los llamados seres normales—llegan á obtenerlo por medio de un trabajo encarnizado, por la habilidad, por la astucia, y por unas cuantas infamias que están permitidas, ó se resigna á no poder poseerlo. Algunos, más ardientes en el placer, menos aptos para el trabajo y la resignación, más cerca también de la primitiva violencia, emplean el asesinato y el robo.

Cesemos de tomar la palabra crimen en su sentido restringido para devolverle su significación completa, humana. Tengamos el valor de mirar á la cara de las cosas y llamarlas por su nombre, y veremos que no solamente la sociedad burguesa es una perpetua y clara invitación al crimen, sino que lo traspira por todos sus poros, que ella misma es un crimen. He aquí el patrono, es decir, en definitiva, el dueño, el tipo y la gloria de esta sociedad. ¿Y qué hace este patrono, para enriquecerse, sino condenar á su personal á ciertos trabajos que se sabe positivamente que son mortíferos?

Como el apache que se introduce de noche en casa de una vieja y la estrangula, el patrono mata para robar.

Hasta nuestra democracia hipócrita é irrisoria está hecha para sobrecitar las codicias y para armar el brazo del asesino. Dais á todos, decís, el saber que moraliza y ennoblece. Pero á los pequeñuelos de los pobres les enseñáis justito á saber leer en el periódico la descripción de los placeres que no conocerán.

En todos los tiempos hubo, ciertamente, «pobres y ricos.» Por lo menos hace mucho tiempo que los hay. Pero jamás los pobres sintieron como ahora la cólera, la desesperación y la vergüenza de ser pobres. En los viejos tiempos los desheredados miraban desde lejos la esfera brillante de la riqueza y del poder. Hoy tienen derecho á entrar, ver y tocar. Se les admite que palpen la golosina. Jamás la miseria olió como ahora de tan cerca la opulencia. El hambriento puede pegar su boca á los cristales del almácén que ostenta el menú esperado por el capricho de los hartos. El sediento de placer carnal y que no tiene con qué pagarlo—porque el amor también se paga—frota su grasienta blusa con la bella dama que tan bien buele. El que va descalzo puede solazarse cuanto quiere con la vista del brillante automóvil. ¡La calle es de todos y todos somos iguales ante la ley!

No les falta del todo razón á los reaccionarios cuando dicen que la criminalidad moderna es una resultante de los *Derechos del Hombre*. Lo dicen porque quieren volver atrás. Nosotros decimos lo mismo porque vemos que es necesario ir mucho más lejos.

Por su mismo principio la sociedad burguesa aparece ya claramente como una consejera de violencia, una educadora de asesinato y de rapiña. Precisaré entrar en el detalle, mostrar las mil potencias, las mil miserias morales y fisiológicas en que se resuelve el principio de explotación y de lucha fratricida y su infinita repercusión en todos los modos diversos que cercenan la vida del individuo, y entonces comprenderíamos como algunos, en lo alto y en lo bajo de la escala, pues en los dos extremos es donde la corrupción social obra mejor, están fatalmente condenados á este estado de abatimiento, de cobardía y de inconsciencia que no les deja resistir á las sugerencias de los bajos instintos.

Y esto es lo que precisamente se olvida cuando al criminal se le hace responsable de su crimen. Nuestro carácter y nuestra conducta se determinan y se fijan por mil influencias diversas que acaban por encerrarnos en su red y nos mantienen así en el buen ó en el mal camino. Somos prisioneros de una atmósfera. El ser normal es siempre un hombre fuertemente arraigado. Se arraiga ante todo por el interés de su trabajo y de su obra social. El criminal es un desarraigado por excelencia, un individuo á quien nada le ata ni retiene cuando la bestia primitiva llama á su puerta. Nunca será bastante grande la parte de culpa que atribuyamos á la sociedad, á esta sociedad de inseguridad y de miseria, sociedad del trabajo incomprendido y del trabajo maldito, cuando busquemos la causa del crimen.

Con razón se dice que la pereza es la primera causa del vicio y del crimen, ¿pero por qué no buscamos enseguida las causas de la pereza?

Aisláis el crimen de lo que lo explica, lo extraéis del medio en que lentamente creció, nos lo presentáis completamente desnudo, entre dosgendarmes, con aquellos solos detalles que pueden hacérslo odioso, la sangre y el cuchillo y la conmovedora inocencia de la víctima. Proceded,

pues, algo más según el método de las ciencias vosotros que reclamáis ciencia. Colocad nuevamente el crimen en el ambiente del cual arbitrariamente le habéis arrancado. Atad todos los hilos que le retienen al conjunto social de que forma parte, buscad las causas y los orígenes más lejanos, averiguad la génesis por lejos que esté y sea necesario buscarla. No os olvidéis de nada.

Y entonces sentiréis que el crimen odioso, el horrendo crimen chorreando sangre, os toca de cerca. Este asesino que habéis relegado al rango de las bestias será poco á poco hermano vuestro. Y comprenderéis tal vez que habría bastado poquita cosa para que entre él, el criminal y vosotros, gentes honradas—jueces, jurados, criminalistas, diputados,—se hubiesen invertido los papeles; sí, que faltó muy poco para que vestido y condecorado como vosotros, perorara en vuestro lugar sobre la pena de muerte, mientras vosotros esperabais en la celda á que os la aplicara.

Los que se benefician con el orden actual tienen interés en demostrar que este orden es perfecto. Reprimamos ferozmente el crimen, se dicen; la masa inconsciente continuará creyendo que si castigamos sin compasión al criminal es porque él solo es responsable. Al tratarse de acabar con el verdugo nuestros buenos burgueses se han acordado solamente de la única actitud que está acorde con sus intereses de clase.

Nuestro deber de socialistas y de revolucionarios está en demostrar lo contrario. Puesto que es exactamente lo contrario.

La sociedad burguesa contribuye grandemente á fabricar el criminal antes de castigarle. Y es por esto que el castigo nos subleva más que el mismo crimen.

Para detener esta criminalidad ascendente no hay otro remedio que la sociedad de justicia, de igualdad y de trabajo libre que queremos fundar nosotros.

No decimos que este remedio será soberano, que enderezará como por ensalmo todas las desviaciones. Tal vez existirán siempre anormales é inadaptados. Serán unos enfermos á quienes tendremos que cuidar con paciencia, curar con dulzura, con interés. Y no los arrojaremos como bestias al tajo de la guillotina.

CARLOS ALBERT

¡Vivid la vida!

Pésame de haber descrito la brutalidad cometida por Santiago en la rolliza persona de doña María, porque si algún lector llegó á esta página, de seguro que no continúa leyendo; encierra el libro donde no puedan hallarlo mujeres, viejos y jóvenes; y después de condenar *mi* obscenidad, prostituirá á su sirviente, deshonrará á una niña, seducirá á una casada ó bestia izará, si es su hábito.

Así fueron mis ayos, mis maestros, mis preceptores y mis consejeros respetables; por su culpa, no gocé de las grandes creaciones de la pintura, de la escultura y del arte literario; por su culpa, no gocé de mi misma vida, que era mía, exclusivamente mía, y que me robaron villanamente,

sin que ahora, que la veo terminar, me quede otro consuelo que apretar contra el papel los puntos de la pluma y maldecir de mis consejeros respetables, de mis preceptores, de mis maestros y de mis ayos.

Pero entiéndase que no maldigo de sus personas, porque, al fin, hicieron la necedad que era costumbre: he aquí la que yo maldigo. Siempre he sentido un intenso amor á las personas, y un odio intenso á las costumbres. Esto debe de ser gran virtud, porque me la han reído siempre. Ella me ha enseñado lo que muchos ignoran; y creo que, si todos la practicasen, haríamos en veinticuatro horas una extraordinaria revolución.

Claro es que mi amor á las personas y mi odio á las costumbres, me producen funestos resultados; porque, sabiendo los hombres que no he de ofenderles, me olvidan, me desprecian y me injurian; y para esto último, hallan constante ocasión en mis ataques á las costumbres, pues son tan infelices los humanos, que las defienden encarnizadamente, aunque no las entiendan ni las necesiten.

La historia de los pueblos se reduce á morir hombres para que subsistan las costumbres. Pero éstas también llegan á morir viejas y ridículas; y es costumbre hallar ridículos á quienes las defendieron. Yo los amo como á mis conciudadanos, porque también éstos viven con penas, y me injurian, y se dejarían matar por defender costumbres, que morirán necesariamente, y que mañana mismo nos parecerían ridículas, si hoy tuviéramos la serena cordura de abandonarlas.

Y así, y solamente como representantes de las absurdas costumbres que existían en tiempos de mi juventud, maldigo de mis preceptores, de mis maestros, de mis consejeros y de mis ayos.

Y cuando veo gente moza que llevan por el camino que yo recorrí, siento ansias de gritar: ¡Mirad que os engañan! ¡Negaos á que os engañen! ¡Amad! ¡Reid! ¡Vivid la vida!

Escarmentad en mi cabeza, y acordaos del pobre Silverio, que estudió mucho, muchísimo, tanto, que el enumerarlo sería en mí vanidad risible, si á reirla diera lugar la tristeza de verme (sin tener que avergonzarme de ningún acto ni de ningún vicio) á merced de un cacique ignorante y vicioso.

Escarmentad en mí, que no robé particularmente ni al servicio del Estado; que hube de renunciar á mis amadas, para obedecer á mis preceptores, á mis convecinos, y que ahora produzco lástima á las gentes, porque no me he creado una posición y una familia. ¡Qué sarcasmo!

¡Triste de mí que niego la necesidad y la conveniencia de que nos dirijan los viejos, nos ensucien los niños, nos ridiculicen las mujeres y nos maltraten los caciques!

¡Triste de mí que no cogeré el fruto de mi labor! Porque la incubación de las ideas sociales es mucho más lenta que las incubaciones morbosas en los seres orgánicos. Quien hoy vence en una lucha social, no sabe que él es el último eslabón de una cadena que empezó á forjarse desde tiempos lejanos, y cuyo mayor mérito corresponde á quien forjó el primer anillo.

¡Pobre juventud la que respeta á cualquier don Pedro Martínez, como mi prologuista cursi!

¡Pobre juventud la que va, como yo, gregariamente adonde la lleven! De la odiosa esclavitud en que viven los jóvenes, solamente se libran los ricos y los miserables: aquéllos, porque pueden imponerse á todas las

convenciones sociales, y éstos, porque nadie se ocupa de ellos. Pero la juventud de la mesocracia es tristemente mártir. Se la sujeta á la moral convenida y á la labor convenida.

La moral convenida es sencillísima, porque no tenemos moral social y nos regimos por la moral religiosa, y como nuestra religión diviniza la castidad, la moral se reduce á que seamos castos.

La labor convenida es que seamos útiles al Estado.

De nuestros apetitos y de nuestras necesidades no tenemos quien se cuide, y morimos sin haberlos satisfecho, ó morimos por haberlos satisfecho.

Se nos hace estudiar una carrera y se nos dice que así estaremos respetados y mantenidos, y se nos engaña inicuaente.

Sería cierto, si existiera de hecho y de derecho, dentro del Estado, la aristocracia intelectual, formada por la reunión de la aristocracia del saber y la aristocracia de la virtud. Si de hecho y de derecho existiera la aristocracia intelectual en el Estado, tendría ella privilegios que oponer á los de la aristocracia del nacimiento, á los de la aristocracia de la riqueza, y á la nueva aristocracia del trabajo, que es el socialismo obrero: lo que se llama por autonomasia Socialismo.

Porque el socialismo obrero es, sencillamente, la aristocratización de la clase obrera en el Estado. «*Agruparse para imponerse*», decía en su juventud don Pablo Iglesias, crearse un privilegio que oponer á otros privilegios: aristocratizarse. Los socialistas, para realizar su labor (constituirse en aristocracia), tenían dos caminos: uno, breve y recto; otro, largo y sinuoso; y creyeron que éste, por ser más difícil, era más seguro; y se han equivocado. El camino breve era crear la aristocracia intelectual, rechazando toda tendencia democrática. Separados así de la gobernación del Estado los infravertebrados, los bestias que no quieren aristocratizarse, se hubiera formado la mayor parte del Censo electoral con los intelectuales (entre ellos los obreros), y esta aristocracia, por su gran número, hubiera decidido en seguida de la política del país. No lo hicieron así los socialistas: siguieron la orientación democrática, y se han hallado con la hostilidad de los intelectuales y con la hostilidad de los caciques. De modo, que en el lugar donde hay un noble, un rico, tres intelectuales, cinco socialistas y cien bestias, el noble (aristócrata del nacimiento) es senador por derecho propio; el rico (aristócrata de la riqueza) es diputado, porque compra los cien votos de bestias que maneja el cacique; y los intelectuales y los socialistas son los verdaderos esclavos, porque los bestias no pueden ser esclavos, porque son bestias, y ni siquiera tienen noción de la libertad. Si los intelectuales y los socialistas se uniesen (unión continuamente cantada y suspirada por los tontos de ambos bandos), no lograrían el éxito sino renunciando á la tendencia democrática, porque entonces serían ocho contra dos (el noble y el rico). A éstos (el rico y el noble), es á quienes favorece, por la intercesión del cacique, el régimen democrático, y los muy astutos parece que lo soportan con resignación de mártires.

Los socialistas aspiran á socializar á los bestias; creen posible que el

pueblo llegue á gobernarse por sí mismo, y esperan que el año próximo todo el Censo esté formado por trabajadores inteligentes, agremiados y sin abulismo.

Esto es una utopía. En un año les ocurrirá lo siguiente: algunos socialistas dejarán de serlo para convertirse en nobles, en ricos ó en intelectuales; y, además, vendrán al Censo nuevos bestias á quienes habrá que convertir en socialistas. ¿Es que esos nuevos electores ya estaban instruidos en el socialismo? ¿En qué fecha? ¿Cuando esos futuros electores tenían veinte años? Pues entonces ya debieron votar, supuesto que tenían conciencia de sí mismos. Y si votan á los veinte años serán bestias á los quince. Y si á los quince están instruidos para votar y votan, serán bestias á los ocho; y llegaremos á la necesidad de que las mujeres paren electores con toda la barba; y lo que las mujeres paren son vertebrados que no saben nada, cuyos instintos aparecen muy lentamente, y á quienes hay que dar medios para vivir la vida del cuerpo y la vida del espíritu, á quienes hay que impedir el suicidio corporal y el suicidio mental; pero así como al hombre que se mata no le consideramos ya entre los vivos, al hombre que es un bestia no le debemos considerar entre los ciudadanos.

Separados los bestias de la gobernación del Estado, desaparecerían los caciques, nos regiríamos por las aristocracias, sería posible y útil la fusión de los intelectuales con los obreros, formando la aristocracia intelectual (del saber y la virtud), y la riqueza sería menos amable que las monedas de hierro creadas por Licurgo; y los nobles significarían menos que aquellos senadores romanos acosados por los tribunos de la plebe.

SILVERIO LANZA

(Continuará).

La Fuerza y La Cultura

El hombre más culto, es, aquel que menos usa de la fuerza.

X. X.

El mayor bienestar social está en razón directa del mayor grado de cultura.

X.

Entendemos por fuerza el acto de obligar á un individuo á que de asenso á alguna cosa ó á que la haga, y por cultura la mayor elevación moral é intelectual del individuo hija del estudio, de la meditación y de la enseñanza, y afirmando como lo hacemos al estampar los dos lemas que anteceden que el mayor bienestar social depende de la mayor cultura, y que el más culto es el que menos usa de la fuerza, todos nuestros esfuerzos deben tender á disminuir el uso de esta, para que la cultura se eleve y el bienestar sea su obligada resultante.

Aparte del hábito, que como sabemos forma en el individuo segunda naturaleza, una de las razones del porque usa de la fuerza es su desconocimiento, esto es, usa de ella sin darse cuenta de que la emplea, por lo cual consideramos de utilidad exponer algunos casos para que el individuo, sabiendo en todo momento el mal que hace, pueda, si quiere, evitarlo, con lo

que habrá dado un gran paso hacia la cultura, de la que dimanará el mayor bienestar que tan necesario nos es á todos.

Basta que se tenga siempre presente que fuerza es el acto de obligar á un individuo á que de asenso á alguna cosa ó á que la haga; que la presión moral es sobradamente fuerte para obligar, y que se nos presenta ocasión de usar de ella en casi todos los momentos de nuestra vida de relación, primero en la familia, y después en el círculo de personas que fuera de nuestra casa tratamos, sean ó no amigos.

La familia, hoy, es la fuente primordial de nuestra relación y de nuestros afectos, y por consiguiente donde primeramente hemos de manifestar nuestro propósito de elevarnos y trabajar por la armonía y bienestar social usando lo menos posible de la fuerza que, podrá satisfacer á los brutos, pero rebaja á los hombres y los incapacita para su perfección y progreso. Dado nuestro carácter autoritario y la poca afinidad de caracteres, nuestra vida de relación es una continua batalla en la que se trata, no de vencer, sino de vencer, que será más fácil, pero más bestial, más apartado del camino de la cultura, del bienestar.

Es innegable que el día más feliz de la humanidad sería aquel en que pudiera disfrutar de la total libertad por no existir individuo alguno que tratara de coartar la espontánea y libre manifestación de los actos de los demás, y tanto más próximo estará dicho día cuanto mayor sea el número de actos que el individuo ejecute con arreglo á su deseo, á su voluntad, sin que persona alguna ejerza sobre ella presión de ninguna clase.

Constantemente nos quejamos, y no diremos que sin razón, de la autoridad, de la fuerza material que nos oprime y nos perjudica, pero careceremos de la energía necesaria para que la protesta tenga la virilidad que requiere, y de el fruto que nos proponemos, si cada uno de nosotros ejerce esa misma autoridad en su círculo de relación.

Sabemos el estado de inferioridad en que la mujer se encuentra respecto del hombre, más que por su falta de instrucción, con ser ésta razón importante, por los medios económicos que la sociedad le niega en la parte mayor ó menor que al hombre le concede, aparte mil consideraciones de carácter jurídico y social que hacen mucho mayor esta diferencia de posición, y, sin embargo, la inmensa mayoría de los hombres, todos, hablando con más propiedad, ejercen autoridad, usan de la fuerza en el trato con la mujer con quien viven; jamás tratan de elevarla por la instrucción, por la persuasión, por el razonamiento, sino de dominarla valiéndose de la fuerza que la sociedad egoísta y brutal hecha por los hombres ha puesto en sus manos.

Saben ó deben saber que cuando elevasen el nivel intelectual de la mujer, cuando la hicieran su igual, cuando no usasen para con ella de la fuerza que obliga á dar asenso ó á hacer alguna cosa, desaparecería el perpetuo choque que tiene lugar, la mujer dejaría de ser hipócrita, dejaría de mentir, dejaría de engañar, porque no tendría necesidad de emplear estas malas armas para defenderse contra la autoridad y bestialidad del marido, los dos caracteres se compenetrarían, nacería una afinidad y un cariño que no existe, que no puede existir; desaparecerían en gran parte los numerosos y graves disgustos que amargan la vida del matrimonio, y se colocarían ambos en condiciones de sacudir la autoridad, la fuerza que los demás, la sociedad trata de ejercer sobre ellos; y, sin embargo, y á pesar de todo,

el hombre, amarrado á la rutina, fiero de su autoridad, orgulloso de la fuerza que la sociedad en el desigual reparto de derechos le concede, continúa usando de aquélla, siendo la causa primera y primordial de los innumerables disgustos que en la familia, hoy fuente de nuestra relación y de nuestros afectos, tienen lugar, poniendo trabas al natural y necesario desarrollo del perfeccionamiento y progreso de la sociedad y retardando el gran día en que la humanidad, libre de la pesada carga de la fuerza que esclaviza, que subyuga, que amordaza, que imposibilita la espontánea manifestación del pensamiento y del amor pueda galopar hacia la altura en que la paz y la felicidad vivan en amigable consorcio.

Otro tanto podríamos decir respecto de los hijos, de los hermanos menores, de los amigos, de cuantas personas ocupen una posición inferior á la nuestra. El hombre culto, el que aspira á serlo, el que querría que la humanidad lo fuese y sabe que ésta la forman el conjunto de individuos que constituyen la sociedad; el que se da cuenta de que la fuerza es bestial, antisocial, enemiga de la paz, de la cultura, del bienestar, de la razón, del progreso, de la libertad, del amor, de la felicidad que todos y cada uno deseamos, debe, si no quiere avergonzarse de su condición, esforzarse en proscribirla, debe procurar desterrarla del trato social por atentatoria á la felicidad humana, firmemente convencido de que á medida que vaya desapareciendo la fuerza se elevará la cultura y con ésta la armonía, la paz en el trato ordinario de los hombres y un mayor y positivo bienestar.

No se olvide jamás que hablamos de los graves males que acarrea el uso de la fuerza, y aconsejamos á todos y cada uno se esfuercen en proscribirla en sus relaciones sociales, entendiéndose que no debe usarse de ella para con aquellos que en la sociedad consideramos ó son nuestros inferiores, con aquellos que más ó menos directamente dependen de nosotros ó puede nuestra conducta influir sobre su educación y sobre sus intereses, pero en manera alguna significa que cuando la inculta autoridad que no razona, que no discute, que trata siempre con ó sin razón de imponerse atropellando los derechos y los intereses del individuo, nos avasalla, éste debe pasivamente obedecer y sucumbir.

Contra la fuerza no hay otro argumento que la fuerza; contra la imposición brutal que nos deprime, nos envilece, nos aplasta, nada puede el discurso, nada obtiene la persuasión; pero en tesis general, en nuestro trato ordinario con las mujeres, con los niños, con los amigos, con cuantos sean ó consideremos inferiores, hasta con los que en sociedad sean por su posición superiores, siempre que éstos no usen de la fuerza para con nosotros, no usemos de ella para con nadie, seamos cultos, busquemos la armonía, la afección, el amor que eleva y ennoblece, la afinidad necesaria para aminorar, para suprimir, si es posible, el choque y el grave perjuicio que del uso de la fuerza nace, seguros de que al proteger, sin jamás abusar del débil, del inferior, elevamos nuestra cultura y la de nuestros semejantes, contribuimos al bienestar común, cumplimos el deber que todo hombre tiene de laborar por la felicidad humana.

F. CARDENAL

La explotación y el dominio de clase, no son más que la concurrencia por solidaridad instintiva de las dos fuerzas dominadoras, el dinero y el poder.—P. GORI.

El origen del Mundo

Al afrontar un asunto tan vasto y complejo como «El origen del mundo» no es mi propósito el de pronunciar, cual nuevo profeta, una palabra inmutable y consagrada. Yo quiero solamente difundir este pensamiento: que las cuestiones más arduas pueden ser fácilmente discutidas, y que en presencia de los esfuerzos, hoy como nunca redoblados, de los sacerdotes y de los hombres de iglesia, es necesario destruir aquellos argumentos fatales de que los pobres de espíritu no saben defenderse.

Cualquiera que sea su instrucción primitiva, todo hombre cuyo pensamiento no se limite á la vulgaridad de la vida se ha preguntado á sí mismo: ¿de dónde proceden estos mundos esparcidos en la inmensidad del espacio? Todo es bello en la Naturaleza; el Universo aparece como una vasta *Armonía*. ¿Cual fué, en la aurora de los tiempos, su espléndido origen? Cuestión formidable entre todas y que al primer examen parece ha de permanecer eternamente insoluble.

Puesto que ninguno nos da transmitido de un modo explícito y particular este *espléndido origen*, es en vano que tratemos de leer sobre la piedra y el bronce la historia de los primeros albores del mundo.

Es necesario que recurramos á las hipótesis.

Entre éstas, dos se destacan y se diferencian, tanto por su naturaleza cuanto por sus consecuencias morales: una de la Religión, otra de la Ciencia. Ellas constituyen las dos solas concepciones que poseemos acerca de la formación del mundo.

Examinémoslas guiados sólo por nuestras fuerzas y basándonos en este axioma inmutable: para juzgar científicamente y justamente de una cosa es necesario hacer en el cerebro *tabla rasa* de las ideas y de los prejuicios que la herencia, la educación ó el ambiente han podido desarrollar y no tener en cuenta sino las observaciones y la experiencia; en esto solamente residen las condiciones de las sanas y fundadas hipótesis.

Hipótesis de la creación

¿A qué se reduce en último término esta hipótesis?

Una fuerza existe desde la eternidad: esta fuerza se llama Dios. Este Dios omnipotente no tenía en torno suyo sino la nada... de pronto toma una decisión y obra... la materia aparece animada de una fuerza inmensa y los mundos se organizan aprestándose á acoger la raza privilegiada de los hombres. Séame permitido decir que si una semejante hipótesis puede ser suficiente para aquellos que nunca han buscado en el razonamiento lógico y justo el origen de sus concepciones, aquellos para quienes las preguntas y respuestas del catecismo constituyen la verdad inmutable, ciertamente no lo puede ser para los fieles observadores de la Naturaleza, para todos aquellos que recurren á la ciencia.

¿Qué es entonces una creación? Todos sabemos que un ser viviente proviene de un germen, que los más violentos cursos de agua son causados por la condensación de las nubes, que un edificio procede de la reunión de los materiales recogidos en el seno de la tierra. Sí, nosotros sabemos todo esto; pero, ¿cuándo, entonces, los hombres han visto salir *alguna cosa de la nada*? Y si no han asistido nunca á este incomprensible y admirable fe-

nómeno, ¿con qué derecho le han puesto en su hipótesis cosmogónica? Si los sueños, los más locos, pudieran bastar á la explicación de todas las causas desconocidas, no concebimos cual sería el límite de las imaginaciones desbocadas...

De otra parte, la hipótesis de la creación es insuficiente por sí misma. Ella es impotente ante las infinitas objeciones que se le hacen. Dios es, se dice, la providencia, la inteligencia perfecta; de donde resulta que nuestro mundo debiera ser perfecto y constituye, no una simple obra, sino la obra por excelencia, y debía entonces por siempre subsistir.

Explicaos ahora el por qué Dios, ante tan bella concepción, ha dejado transcurrir casi media eternidad antes de dar existencia al creado. Y siguiendo en el mismo orden de ideas, ¿la geología no ha demostrado de un modo indiscutible que la Tierra se ha formado con sedimentos y extractos sucesivos?

La Tierra fué una masa en fusión; los cuerpos más pesados tendían al centro, mientras los más ligeros, silicio, aluminio, potasio, sodio, calcio, se solidificaron rápidamente al enfriamiento de la superficie y constituyeron la primera costra sólida.

El hidrógeno y el oxígeno de la atmósfera se combinaron, se condensaron y cayeron diluviando sobre la costra ya formada. Esta, animada por sacudidas gigantescas, se hiende, se levanta y las aguas avanzan, se retiran... entre tanto se depositan aquellos terrenos sedimentarios que son los mudos testimonios de las edades pasadas ¡Tarde, demasiado tarde aparece la vida! Este largo período de evolución se calcula en millones de siglos. Aquí cabe preguntar: ¿cómo ha podido el ser omnipotente limitarse á una creación así, tan *trabajosa*, mientras con un solo acto de su voluntad habría podido abatir todos los obstáculos y crear de golpe los mundos al estado de perfección sin las luchas, sin los esfuerzos de una evolución tan lenta?

La fuerza acompaña siempre á la materia y la materia nunca se presenta sin hacernos sentir la sensación. No existe la fuerza sin la materia ni ésta sin aquélla; la idea del peso, del calor, del magnetismo, de la electricidad, de la luz, se asocia inmediatamente en nuestra mente á la idea de los cuerpos pesantes, calientes, magnéticos, electrizados, luminosos.

¿Por qué aberración esos hombres han imaginado la idea de una *fuerza* independiente de la materia y de esta fuerza hacen el punto de partida de nuestro mundo?

En el campo de la ciencia, esta hipótesis no encuentra justificación alguna. Los hombres pudieron acoger esta idea cuando la ciencia no había penetrado aún en todos los ambientes, cuando el camino de la razón y del buen sentido era todavía incierto, pero en los albores del siglo xx no es permitido el separar la idea de la fuerza, de aquella de la materia, y la hipótesis de una fuerza creadora debe ser considerada como un desafío lanzado por los siglos de ignorancia á la razón humana.

Es cierto, se responderá, pero observad al menos la bella armonía de las cosas; ved los días, las noches y los años sucederse periódicamente; ved los seres vivientes engrandecerse desarrollando siempre más los órganos propios á nuevas funciones. Tended la mirada á vuestro derredor. En todos los lugares hallaréis la misma armonía. ¿Cómo podéis suponer aún que para tanto orden en los seres del universo no sea necesaria una inteligencia suprema?

A esto respondemos que hallamos que las *equivocaciones* en el orden natural, que las *monstruosidades* son más frecuentes de aquello que generalmente se cree. Pero volvamos al punto de partida y analicemos, fuertes en nuestros conocimientos, la idea misma de la *armonía* de las cosas.

¿Cómo nosotros hemos podido concebir la idea del orden y la idea del desorden? Con el simple examen del orden natural de las cosas. Hemos llamado *orden* todo aquello que está conforme á las leyes naturales; desorden todo aquello que constituye una infracción á dichas leyes.

Y queriendo suponer por un instante que las leyes naturales hayan sido un tiempo al contrario de lo que hoy son, ¿por fuerza habríamos de deducir de ello la rigurosa demostración de la existencia de un creador?

Pero los teólogos, basados sobre la ciencia misma, invocan este argumento que les parece irrefutable: «todas las ciencias demuestran la materia regida por leyes, es así como las leyes de Kepler indican las condiciones según las cuales se verifican los movimientos planetarios, como la ley de Newton nos da la razón de ser de estos movimientos. Que se trate de la comprensibilidad del gas, de las atracciones y repulsiones eléctricas, de la irradiación del calor, en suma, de todas las manifestaciones naturales, los físicos encuentran las leyes precisas según las cuales se producen las manifestaciones de los fenómenos. Ahora bien, toda ley requiere un legislador, y á éste legislador nosotros llamamos Dios.»

Esto podría ser cierto si las leyes científicas fueran de igual naturaleza que las leyes humanas. Pero ellas no se asemejan en nada. Los hombres han formado agrupaciones políticas ó sociales basadas sobre la fuerza bruta ó sobre un pretendido contrato social. Ellos establecieron reglas llamadas leyes para asegurar la existencia de la sociedad. Estas reglas se caracterizan en el curso del tiempo por su continua inestabilidad y por violaciones frecuentísimas.

¿Presentan las leyes científicas estos mismos caracteres? Ellas son inherentes á la materia inmutable en el espacio y en el tiempo y ninguna deliberación, ninguna mayoría podrá nunca cambiarlas.

¿Cómo entonces es posible poner en parangón las leyes de la ciencia con las leyes humanas desde el momento que la experiencia nos las muestra tan diversas y que esta idea de un legislador supremo es tan arbitrariamente hipotética como aquella de un creador omnipotente?

Si la idea de divinidad es una idea innata, expresión de una verdad primitiva, ¿no habría ella presentado á las generaciones pasadas la misma forma y los mismos caracteres? ¿Qué vemos en lugar de esto? En los tiempos primitivos tenían los hombres para los fenómenos naturales admiración y espanto, y los cuerpos materiales en los cuales estos fenómenos se manifestaban, eran objeto de la veneración entusiasta ó temerosa. He aquí el fetichismo.

Pero las observaciones fueron más numerosas, la inteligencia se desarrolló, y entonces ya no son los *objetos* los divinizados sino los fenómenos mismos, ó mejor aun, las fuerzas que los producen. El politeísmo, con los dioses de la Mitología.

Pero esta especie de república celeste no podía satisfacer á todos los hombres; se convino en reducir á una causa única las causas múltiples de las manifestaciones de la naturaleza. Así fué creado el monoteísmo. En-

tonces, ¿cómo creer en una divinidad que siempre huye y cuyos caracteres cambian según el progreso de la humanidad?

La hipótesis de la creación no está de acuerdo con la ciencia; examinemos ahora la hipótesis científica.

G. MOITET

(Continuará)

Al primer Congreso Nacional de la Tuberculosis

SECCIÓN SOCIAL

Tema: «La Enseñanza racional es hoy la única vacuna capaz de prevenir al hombre contra la infección tuberculosa»—T. N. M.

(La idea de este pequeño trabajito fué protestada por un señor catedrático de Medicina de la Central, que alegó *aquello* de la fatalidad de la especie humana, y por un señor abogado que *nos* recordó que «en el catecismo es donde se enseña la verdadera caridad». Como es naturalísimo, fueron desechadas las conclusiones de esta publicación por los 12 ó 15 pensadores... que oyeron mi lectura.)

QUERIDOS ASOCIADOS:

En la circular dirigida por la comisión organizadora de este Congreso, el cuerpo médico se expresa de modo terminante que sólo el amor á la Ciencia y á la Humanidad ha sido la causa eficiente de la actual Junta encargada de estudiar el problema pavoroso de la tuberculosis en España.

Por ese sentimiento que redime y dignifica os habéis congregado hombres cultísimos para convertir vuestras síntesis mentales en medios aplicables á la defensa de nuestros semejantes frente al bacilo de Koch.

No obstante vuestras deducciones teóricas y prácticas, fruto de concienzudos trabajos de laboratorio y clínica, sólo beneficiarán á una pequeñísima minoría, á los privilegiados, á los que disponen de asiento en el banquete malthusiano; ellos se llevaron casi todo el producto de vuestra labor.

A la inmensa mayoría, á los que nacieron pobres y viven sin medios para satisfacer sus más perentorias necesidades físicas, sólo les llegará alguna migaja dada en nombre de un sentimiento hermosísimo mal entendido por los que nadan en la abundancia.

Vosotros, obreros intelectuales, veréis marchar vuestro producto científico por el mismo riel que corrieron otros productos exactos, agrícolas, industriales, artísticos, etc., y al contemplar truncado el bello ideal de amor que os animó al trabajo, de nada valdrá que supliquéis cariñosos un poco de equidad en el reparto del fruto de vuestro estudio.

Los que no disponen de asiento en el banquete de la vida, seguirán pagando el mismo tributo al bacilo de Koch.

¿Cuál es la causa de ese proceder anómalo entre los individuos que integran la gran familia humana y qué terapéutica conviene?

Enlacemos ideas adquiridas de la noción experimental de la mecánica, las teorías de Laplace, Lamarck y Darwin, la Paleontología, Anatomía

comparada y Embriología; recordemos, por tanto, que la herencia forma los seres y el medio ambiente hace y desarrolla la vida, y al apreciar la discordancia que existe entre los principios científicos y la función social de la mayoría de los hombres, vislumbraremos la causa que buscamos.

Recordemos también la actual noción anatomo-fisiológica del cerebro bien expresada por el sabio maestro D. Santiago Ramón y Cajal, y concebiremos con poco esfuerzo la explicación racional de ese modo de vivir que esteriliza a la Humanidad. Oid al culto histólogo (1):

«Supuestas condiciones adecuadas de madurez y de cultura, un cerebro será excelente y pensará y obrará rectamente cuando las fibras de asociación más robustas y directas junten precisamente aquellas esferas conmemorativas primarias y secundarias cuyas imágenes correspondan á fenómenos solidarios del mundo exterior, es decir, á datos objetivos ligados entre sí por relaciones de causalidad física, concomitancia é inherencia. Al contrario, diputaremos por imperfecto todo cerebro cuyas esferas conmemorativas posean neuronas incorrectas ó precariamente asociadas, donde cada provincia cortical venga á ser algo así como un cantón autónomo, cuyas imágenes difícilmente evocadas por las corrientes brotadas de otros cantones, se presten poco y de mal grado á la elaboración de nociones complejas y síntesis ideales. Por consecuencia, de tan deficiente organización de los caminos cerebrales, no sólo se hará tardío y difícilmente el tránsito de una á otra representación, sino que habida cuenta del carácter aberrante é ilógico de las asociaciones anatómicas establecidas, la realidad exterior será infielmente reflejada, dándose por legítimas y positivas relaciones del mundo objetivo los resultados dinámicos y meramente personales de la extrafalacia ligazón creada entre grupos heterodinámicos de neuronas conmemorativas. A lo cual conviene añadir todavía que la asociación interneural, no obstante su carácter hereditario, es susceptible de ser influida y perturbada durante la edad juvenil por la educación y el hábito, ocurriendo con frecuencia que un cerebro capaz de alguna exquisita organización, se transforme en órgano mediocre, á causa de que la citada influencia por desarrollo forzado de ciertas vías, suspenda ó modere ese crecimiento de los conductores destinados á las asociaciones lógicas. ¡Cuántos errores religiosos, científicos y filosóficos reconocen por condición principal la creación mediante una educación eminentemente sugestiva y memorista, de conexiones cerebrales aberrantes y antinaturales! ¡Cuántas verdades parecen incomprensibles ó nos repugnan invenciblemente porque el razonamiento en que se fundan no tiene en el cerebro cauce preformado! ¡Qué de veces creemos deliberar y escoger lo más probable, cuando en realidad no hacemos sino marchar en la dirección de la menor resistencia, cursando rutinariamente las anchas y llanas vías nerviosas trazadas en la edad juvenil por la labor convergente de padres, amigos y maestros! Es de ver cómo esos infelices forzados del cerebro, amarrados á la rutina por las trabas sutiles de la fibra nerviosa—cadena más eficaz que la del penado por que la lleva el alma sin sentirla,—toman la fe por razonamiento, la bondad por talento y la virtud y el heroísmo por el genio científico ó filosófico.»

Afirmemos, pues, que la incultura, la falta de conocimientos exactos,

(1) Me permito la copia ante el temor de que no lo conozcan algunos de vosotros.

es la causa esencial de nuestras enfermedades sociales: el privilegio y la pobreza; de ellas dimanar la miseria física, las privaciones, la alimentación insuficiente, el exceso de trabajo, la estancia en aire confinado, los desórdenes de toda clase, el alcoholismo y casi siempre la herencia, factores todos poderosos que disponen el organismo en condiciones adecuadas á la formación y evolución del bacilo de Koch, de ese germen que, sin ser nunca causa eficiente de la enfermedad que provoca, siega en flor millares de existencias queridísimas.

Al expresar aquí las antedichas afirmaciones, bien conocidas por todos vosotros, no me ha animado el rencor, sentimiento que lleva consigo idea de castigo; tal sentimiento sólo puede germinar en cerebros perturbados por herencia ó por instituciones formadas en tiempos prehistóricos para mantener la explotación del hombre por el hombre. Sólo me ha impulsado la misma forma de energía que dió vida á este Congreso: el amor á la verdad y á los hombres.

En nombre de ese sentimiento de purísima belleza, pido á vosotros que se haga constar: 1.º que la incultura es la causa esencial de los principales factores que predisponen el organismo á la infección tuberculosa; 2.º que con educación, instrucción y enseñanza puramente científica, disponemos de medida profiláctica tan importante como puede serlo el suero antituberculoso que se descubra mañana; 3.º que reconocidas por nosotros las dos fuentes de prejuicios que, atiborrando el cerebro, trastornan la psiquis, seamos nosotros solos, los obreros intelectuales, sin apoyo de entidad alguna, los encargados de formar centros de cultura donde se enseñen á niños y adultos los principios fundamentales de la ciencia y sus naturales deducciones aplicables á la vida intelectual y social.

Ante la imprescindible necesidad de tener que vivir nosotros para realizar con fruto esta labor de vulgarización exclusivamente científica, libres de la protección de individuos que integran agrupaciones basadas en principios que no guardan concordancia con las leyes naturales, no debe sobre-cogerlos la idea del número. Recordad que es axioma de mecánica que la cantidad de energía de movimiento depende del semiproducto de la masa por el cuadrado de la velocidad, y concebiréis lo fácil que habrá de ser para nosotros multiplicar el esfuerzo que realicemos y verlo transformado poco á poco en vida intelectual, remedio específico curativo y profiláctico de las enfermedades sociales que todos conocemos como únicas causas de los factores que predisponen el terreno á la infección tuberculosa.

Nombrad una comisión que estudie con el cariño que merece el problema que os presento. Os lo suplican millones de desgraciados tuberculizables amarrados á la rutina por las sutiles trabas de la fibra nerviosa, cadena más eficaz que la del penado, porque la lleva el alma sin sentirla...

Hoy 2 de octubre de 1908.

TOMAS NAVARRO MINGOTE
Médico titular en Biota

Si la sociedad fuese perfecta y el hombre desprovisto de pasiones, el desideratum de los que aspiramos á la fraternidad universal sería la transformación de la humanidad.—F. TARRIDA.

Barcelona 7 enero 1909.